

Preámbulo

Quienes se esconden detrás de esta fachada se encerrarían en un armario y tirarían la llave para tenerse el uno al otro, visitantes activos imaginando los entonces, los parecidos, y dándose pánico detallando logros y esas habilidades del cruzarse tantas veces. Ninguno ostenta más rostro que el suyo, ambos enumeran listas, ocupan cargos y creen que deberían vender sus casas... protegiendo lo que más les importa. Ese emplazamiento es su alto tribunal, su defensa, su prioridad. No por nada, inspiran. Si no lo hicieran entorpecerían la legitimación de su frente a frente.

Ella es femenina, siente todas las influencias y clama por otra hospitalidad. Palidece, se precipita y hasta sabe ser furibunda; se conoce, sabe que crece, y que la cruel incertidumbre a cualquiera le hace insensato. Vive escondida y llena de ansiedad por más que la miseria del dinero la recorra y tenga momentos de querer dejarlo todo. Siente acelerarse como cuando los autobuses que la portan emprenden cada rincón. Es eso, una Venus llamada Silvia que gestiona, conecta y se detiene muy diestra. Le falta el con quién, que no las actitudes. De rostro lindo y llagas curadas sabría sonrojarse y ser tomada como manjar, más esa frescura le es diminuta; tales cantos nunca la engañarán se atreve a pensar. No cesa de tener los estímulos por querer ser distinta y negarse a su naturaleza, para ello usa el vigor de los negocios y acredita su verdadero frenesí siendo mujer celestial y ocupando espacios para ricos y pobrecitos. Usa la mejor información para marcar diferencias y trabajar, aunque tiene envidia.

El varón no es de esos entresijos, ahora bien no dista tanto de ella, sólo que interrumpe su propio ser y vivir bajo muchos otros pórticos, es lo que hace: malvivir. Él lo cree así, tanto como que ni el calor le hace hastiar ni el frío le impide dejar de ser. Quisiera ser buen empresario, y de entusiasmarse él mismo, lo ve como algo insólito. Tiene el devenir en nada particular de trabajar oficialmente para la Administración Pública, y eso le hace ser poco más que un cojín que debe buscar su buen acomodo. Se dio cuenta tiempo atrás que no sabe, por eso pergeña una huida honrosa con otra empresa, la suya, la cual no termina de ver la luz en los océanos. Esos instintos feroces los mantiene a raya. Se condenaría a la hoguera de seguir en esas labores públicas sin poder echarle la mano al cuello a alguien si fuera el caso, sus tiempos no son los de los demás. Necesita una concubina como poco para desconectar, pero mala, mala... A casa siempre se lleva su propia historia e imputaciones calumniosas. El aparente revés de su fortuna le atormenta, para otros tiene de todo, para sí mismo nada de nada salvo la nostalgia tranquila del regreso en un ruido consentido y opaco. Y tiene el vicio de insistir en su guerra; lucha además contra otros Organismos, como Patronatos y Ministerios que no serían los suyos, así como contra la debilidad de sus piernas manteniendo a buen recaudo una Santa Casilda que ni es espontánea, comensal ni se emborracha, sino que tiene la deferencia de ser una pintura negra, libertina, y que no se acostumbra a lo descomunal de esa solidez de apenas tener contacto. Un día la raptó, e infatigablemente no deja que la cacen. No se vende a otros, observa y cierra caminos en su espiral e intenta evadirlos a todos. La obra no grita, es un retrato, otro más de sus repetidos fracasos de loco visionario. De todos

modos esa figura es el filtro más poderoso y eficaz. Le hace ser un sujeto medianamente instruido. Según otros, la tela escondida no desplegaría más obsequio que su cabezonería, pero es arte, y eso tiene valor, fama y humillantes servicios. Retiene ese cuadro porque es su ocasión para crear la oportunidad, o es insensatez.

El sentir de esos abrazos del uno y la otra podría efectuarse por el mágico efecto de los museos y las artes. Ya han pasado encendidos, abandonados y víctimas por ese cementerio donde no han podido darse a ese robo tan suyo y distinto, siéndose el uno al otro. Deshojan la voz de la memoria y las cadenas del destino, testigos de referencia. El problema no es tanto dónde se forman los días sino dónde van a estar o qué hubieran de hacer para encontrarse Silvia y el funcionario. Pudiendo ser padres no lo son, y serpentean algunas canas, que sin ser súbitas aderezan. Las dotes perdidas, bajo ese pedernal y los leves soplos de la considerable brisa, salen de los artificios del adorno de los días: zapatos, amistades, obligaciones, acechos... Ante su sencillez, no se abruman por lo suntuoso de otros, saben que podrán ser ricos, y que heredarán si son titánicos y enanos en sus tamborradas, de eso también son cautivos, por eso se ejercitan en múltiples faenas, porque caen divididos día tras día, y aun así han de mantener las caras redondas tal que no les importase nada, a pesar de irse a dormir como si fueran unas fieras espantadas. Hasta en esas veces de no querer a otro trabajan sin pausa su acercamiento en su paralelo cero de efecto mariposa. La singular gracia los convierte en dichosos, fuera de todas las ocurrencias diversas... y casi que desaparecerían si alguien les catalogase. Tanto el carmín como la blancura de

la piel se emplean a fondo con el color de la sangre que les ruboriza e imprime sus esparcimientos, encenizándoseles los ojos. Ahí las doctrinas ya les resbalan mucho más abajo que por las cabelleras. Es cuando les conviene ignorar muchas cosas, hasta sus preguntas. A él le aliviaría que ella le clavase las uñas con lindos bucles de dormitorio cual trufa negra, a ella que la inmortalice sin ascos ayudándola a su supervivencia, pero sin subyacer al mañana, viéndola tendida, oculta quizás en un traje cualquiera la combativa morena. Diríase que “sin llorar lloran lástimas”, estrépitos y que no saben pasar del excesivo abandono estando hartos de darse a los términos medios de los demás y sus muchas complicaciones. Por eso mismo se mueven con intención, dejando como único capricho los vientos tan típicos, siendo sus termómetros. Para sí las sirenas les son monstruos, no se dan a esas monturas ni compañías. Es harto conocido que si alguien siguiese sus pistas se vengarían sobrehumanos, él, universal del compás del no saber y del no tener más remedio que hacer prisioneros, semejante y cautivo de sus asociaciones; ella, líder y esquiva desfondándose.

A pesar de la coyuntura, la cólera y ese afán del tablero de las oportunidades, sus iconos de la riqueza es que sueñan como pocos. Entre prodigarse, desagradarse y despreciar la holgazanería por entre los amaneceres, enjugan cada hora ofreciendo desnudas miradas a ese pueblo que por doquier les acoge; no pueden mucho más. “Vuélvame lo mío” podría decir cualquiera de ellos, pero sonaría a ganancia deshonrosa y sería mostrar ese fuego siempre encendido. Tienen más cosas a las que atender en el cielo y la tierra. Fingen ese temor aun siendo menos libres de no exaltarse ni

prohibirse nada. Responden asustados a alguno/as que se sienten en el derecho de espiar sus pasos, sobre todo él. Place admitir, que sin quedarse atónitos les causa un mal trago ese efecto de la burla mirada; no obstante ellos siguen con sus desmanes generalizados, trazando su porvenir medio perdiéndose. Bien recuerdan que no se quejan a otros, no conciben ese proceder; y ya ni se alarman como por primera vez si deben actuar furtivamente y con dureza. Contienen el influjo y se dan al lenguaje más sencillo pensando bárbaramente, no confiando ni en lo que saben de veras; menos las suyas todas las manos son distintas. No renuncian a pequeñeces, sus vidas son mucho más que compararse unos con otros. Tienen carácter, y poco tiempo para las melancolías. Son de mirar, contemplar, nada de altanerías que les fragmenten y sí de corazonadas. Se reservan pruebas el uno al otro, ladrones. Conforman el veneno del miedo, y pactan consigo. No les importa exigirse, o tratar con marchantes de arte sin darse a los honores. Saben que no todo lo que se desea se ama, ni tienen gracia para tantos días por más condescendencias u hondos suspiros que protagonicen.

¿Dónde están ahora? En su cetro, prestándose más en plan *pret à porter*, así como que quitándose importancia en su “listo para llevar”.

Por decir, mencionar que ella tenía un potro generoso que a su regreso a las raíces ya ni le da celos; lo vuelve a ver, no así a tener y trotar con su pelaje. Sufre la desgraciada mirada de ser tía sin ser madre, y el caballito de peluche corre peligro. Pareciendo un marco de reconciliación es más la desventura adicional de la viudez. Prioriza negocios femeniles en lo

contemporáneo de organizar el caos. Todo lo sazona con sus artimañas y el culpable delito de saber de los haberes de su padre y su madre, dineros negros, medicamentos y panes, porque no deja de ser panadera, aunque le gustaría ser bailarina o pianista rusa en lo más profundo de las tardes, además de navegar en un velero sin rumbo fijo ni bandera reconocible en el mástil. Su nuez, de haberla tenido debería estar recolocándosela en cada madrugar tras las escaleras, habiéndose saltado la senda de la rectitud y el honor por la seguridad de absolver a quien la parió hablando el mismo idioma. Ese amor encolerizado quebranta su fidelidad y le obliga a tener que pasar los defectos como cosas inadvertidas, atenuando las gravedades, organizando. Vive íntimamente lo que es un obrador de pan artesano, y lo que podrían deparar las inversiones que empezó su hermano, el otro que debería ser su socio, cuya esposa, francesita, la tal Paula, cuida de la suegra. Revestidos de ese halo de modernidad, unos y otros mantienen su realidad con elementos chapados a la antigua en ese pueblecito por donde entra la luz entre los océanos sin olvidar lo pobre que se puede llegar a ser. Tanto como que se permiten no tener escrúpulos ni miramientos. Tienen pues, esa bravura y el calor del agravio, que fijan con cautela, ella perfeccionista.

El otro que alterna capítulos y que también prevalece, es un hombre débil que se vuelve fuerte al no tener nada. Narra igualmente las injusticias del mundo, retratando las afueras porque le falta la necesidad del sustento y tener su ecosistema, donde la familia como tal es un concepto demasiado amplio para él. Es un crítico que intenta pactar con la soledad como alternativa. Comparte con la otra mucho más que lo de no juzgar a nadie, ambos dan

pocos besos, y ninguno en blanco y negro; también se siente huérfano desde aquella Navidad en la que supo que debía pasar... Una pequeña isla les serviría como el mejor desierto. Hay sitios, lugares y personas... que estando o no al lado, tienen sus cositas, su primera vez y el volverse a ver.

Por las noches acostumbran a recapitular y no dejar lugar sin su perturbación, elegidos a animarse como fuera en la natural tendencia a extrañar sus ciencias. Parecen irracionales, más en sus marejadas no confunden afrodisíacos con el recato de sus encelamientos; y se exigen barbaridades en su sitiado poder y el dejar de ser quienes eran. No hay tiempos sin deberes, culpas y sombras, ambos lo saben. La una, entre el centro peninsular de la España ibérica y la bahía gaditana más sola y esclava; y el otro en mitad de esos lares recreando su riguroso y cruel sentimiento quijotesco. Los elegidos ponen mensaje y condena, dando lugar a liberarse de sus imposiciones y a engarzar existencias, actores interpretando a actores.

No todo es salir adelante cuidando la profusión, las vergüenzas y los aburrimientos, también hay compromisos absolutos, con o sin esos bochornos y los desgastes, dádivas y vastos temores... Todos tienen relojes y ninguno tiene tiempo para nadie. Empezar a darle forma al destino con batallas implica que haya ganadores y perdedores en tanto destierro de la realidad de las personas confinadas, y, sin comparar lo incomparable, les permite sentir placeres fáciles y hurtos perdonables. Y ni ellos saben quiénes son; sólo sus cuerpos están en este mundo, intrusos,... granujas convencidos, unos más. Quienesquiera que sean no sirven lágrimas sino sus delirios del poco a poco y

las resignaciones de una luz temperamentalmente encendida. Nadie certifica lo que hay detrás de cada persona. Y la verdad es que experimentar los desarrollos económicos y sociales en una sola toma, sembrándolo todo de pecados, caracteriza que son capaces de nadar con delfines empapándose y viéndose, aunque sus vidas de gánster les hagan ser incompatibles en sus negocios. Dama y vagabundo, como miles de mujeres y hombres que en tan poco tiempo de vida gozan de cosas extraordinarias, si desaparecer y aparecer pudieran guardan cada cual un rincón secreto y urden soldaditos su anónimo fallecer. Por entre sus dilataciones, la Santa sigue escondida sí o sí, donde ni ella oculta los ofuscamientos. De eso la ciudad de Madrid sabe o debería de saber a estas alturas, consagrando el reposo y el culto de la última hora, en ello se permiten diferir algunos días, arribando a muchos más lugares que al Jardín Botánico y los trucados museos y sus mecenazgos, o las Europas débiles. En ese lugar aprovechan la ocasión para que unas manos tropiecen con otras lejos de amenguar sus fuegos en un tímido prometer. Ese y otros dolores que ensalzan, a la andaluza la hacen intratable, al medio castellano, medio castizo y medio andaluz la proximidad le puede y le sobra, mantiene las distancias, no puede ni debe dejarse ver mucho, está siendo perseguido por las autoridades, o eso cree él suceder todavía. El encantamiento de haber sustraído la obra de una Santa Casilda le pueden más que los libres albedríos. Es un héroe vencido que debe manejarse en el dominio absoluto; se debe a esa fuerza del combatiente. Su ingrata misión le obliga a esperar y hasta a creerse hijo, de lo cual no se vanagloria. Es usura, actos. Hay cosas que hace por el derecho real, otras por el liderazgo sensible y responsable, como ella. Detenerse en esas minucias les permite trabajarse sus estratagemas y ser más que un funcionario

mediocre o un avezado detective, y ella una empresaria y excelente artesana de vuelta a su barrio de siempre.

En ese cuerpo femenino, Silvia sabe que si se quiere conocer a las personas y ser alguien por sí misma debe hacer una guerra y compartir deudas, proyectos y voluntariedades. Dueños de sus propias desgracias e ilusiones, los dos merecen sus éxitos y tropiezos, y sí, tienen un exilio tanto interior como exterior que les resarce de las graves pérdidas que han tenido. Además, entre ellos los versos corren limpios de toda intención que no sea que el sol les quemase las espaldas y acere los desnudos perdidamente recuperando la normalidad con esos parámetros de turbidez. Tienen casa y casi que no tienen donde estar dentro o fuera de las mismas. Él se pasa el día pergeñando, desaparecido de su propia ciudadanía. La doncella no se le queda atrás, podría rendir a numeroso público y hacer hasta que pujasen por la misma, en cambio no es presa ofrecida; codicia el mejor aullido y que el viento la haga bailar cual amazona. Gestiona además de esa fábrica de pan, patrimonios de un naviero (Nicolás) y su esposa, así como su carrera de modelo que cosecha erosionándose. Y entre tanto solloza su sentir por lo que le podría pasar recordando a su tía en ocasiones o se da a los hablars imposibles con su madre y las entretenidas costuras. Con ello filtra en parte acento que se le pega casi tanto como el rocío de su Cádiz... El protagonista es ese mundo: la obra maestra de un día cualquiera que se puede ver más allá de esas otras frases que se pronuncian y que revuelven los humos, y la continuación un poco más al norte por parte de él, que se limita y no se sabe quién está detrás de él.

Con sangre, heridas mortales y fetiches, así como con fondos de alcohol, cafés, drogas, las partes críticas, los abre bocas sutiles y el no querer saber pero saber más que los atisbos de los inicios los hacen ciudadanos con derechos y obligaciones, mucho más que cuando él era un mero técnico y ella una becaria que se dejó ver de más en sus desgarros íntimos. Ese paisaje de la batalla dota de una composición sinigual a la intención real de ayudarse, en lo vital e indispensable de pasar el día a día en un lenguaje que nunca alcanza a cubrirlo todo. El salón de belleza de la sudamericana, la ciudad de los prodigios y ese Paseo del Arte son balcones, pedanías, oestes y edificios, así como voces de las más bellas brevedades para los tímpanos muertos de esos blancos sobre blancos que no compiten entre iguales... ¿Cuánto tiempo es para siempre? se preguntan cada cual, sabiendo que su sino desde el punto de vista médico está escrito.

Desde la silla del águila lo que se ve es algo más que el otro estado de la memoria, donde los olvidos utilizan por completo a las familias y todo es un temblor de silencios, vidas exageradas, el rendirse a las plantas que se heredan y la muerte como efecto secundario por el tiempo entre las mujeres, los cumpleaños y otros eventos. Por entre la orilla africana y algo más arriba hay terciopelos y presiones de todos y los que temen por sus causas... Desgraciados de sí, incluso una almiranta soldado canta sus paralelismos secretamente cargando libre, y bien pudiera ser cualquiera de los demás. Y también están los ausentes, padres con su cumplimiento que ya perecieron, o casi.

Son un poco principiantes todos, atrincherados: Silvia, él, las familias, las amistades, los compañeros/as de trabajo, las primas que también están... necesitan proporcionarse su valía y su sitio o darse otra vuelta de tuerca. “*Tócala otra vez, Sam*” podría resumir este devenir, pero Bogart nunca llegó a pronunciar esa frase, y a ella le faltaba la sensación de estabilidad real en esa gran cumbre, foro y pasajes del acostumbrarse al vivir peor. De existir ese romance en lo cotidiano de Silvia y el otro, o alguno de sus acérrimos, cualquiera expresaría: “no estamos hechos para este sur”... Y siempre les quedaría Venecia por los viejos tiempos, pues la gente no camina por las paredes sino por los canales que se dejan transitar. Perdidos y anónimos, ninguno es de barro ni está ciego. Los férreos ideales que les inculcaron esas madres y padres sicarios los dejan al claustro de las miradas de nadie para poder contarlo todo: políticas españolas, o internacionales como la era del recién llegado Donald Trump, o los refugiados que involuntariamente engarzan los olvidos con el sufrido Alzheimer y los desafueros de algunos/as y su querer darse a ser coleccionistas de arte. La mirada de la auténtica Santa Casilda no es lo único que destaca, o que se ha prostituido. A Silvia, habiendo pasado por eso le gusta creer que algún día será mujer, sólo que no lo dice apenas a nadie, y su cuñada, a la que intenta tener ocupada por si acaso, también sabe lo que es desnudarse además de para criar. Quien sí que está hecho para ese sur siendo su norte es su hermano, para quien una vez lanzado ya es tarde, y no pueden cambiarle. Es sumamente oportuno indicar llegados a este punto, que el mayor problema no se sienta en el banquillo de los acusados. Dar forma y sentido a la capitalización de las experiencias de unos y otros es una doble coacción porque el tiempo siempre encuentra el final, al margen de que

Maquiavelo lo coartó con su inmortal represalia: *“pocos ven lo que somos, pero todos ven lo que aparentamos”*.

Por los viejos tiempos se intenta soportar de todo, alimentando a su vez lo bélico y el aislacionismo. La icónica secuencia de ellos dos, arrogantes vencidos, viendo en el museo Thyssen-Bornemisza esa imitación del cuadro que nunca podrá sentir el viento en cara alguna, haciéndoles de túnel, hidrata y sesga todos los permisos como para incidir en la contienda con todas las diplomacias y harturas. Con todo, ése es el sentido amplio, por ser un mundo pequeño y por probar cosas nuevas y por haber varias justicias pero con una sola hacienda por cada casa... “Sé quién eres” podría decirle al cuadro expuesto tanto Silvia como el falsificador, más el haber tanta gente vigilando les demuestra que el sentir de verdad les queda para el dormitorio; entre tanto, el silencio y los trabajos lo compensan todo. Sólo ellos dos pueden ver la belleza de esas coincidencias tan alejadas. Alejarse de lo obvio y acontecer inmutables significa volver a lo delicioso de lo medieval: el puro utilitarismo, sin importar que el gato sea blanco o negro sino que cace a los ratones. Miedo y asco se dan en su asfixia, que la llevan clavada. Extravagante, excéntrica, satírica, candente del mañana y con un jardín de cemento, ella sonroja, cuida y se oculta frente al pelotón de fusilamiento de su pueblo, que no le pierde detalle. Intenta ayudar a ese submundo de ojos inmóviles y epifanías; fuera de su tierra, no pregona, todo pende de un hilo, pero necesita más pinturas, trabaja para sí y para otros, se aplica también, y llama la atención que puede fusionar mundos en apariencia tan dispares. La familia del naviero a sangre fría la habita, le sigue surgiendo, y es que la musicalidad del dinero le aporta

libertad y le pone a su disposición más medios y otros procedimientos únicos, o ese absoluto del creérselo cuando menos... Sinuosa, Silvia sí le hubiera dicho a Sam que tocara el piano en su blanco y negro. El otro, aún se pregunta medio escondido, hablándole a su obra robada, si hacerla llegar o convivir con el socorro de esa figura.

Fajarse en el precio de permanecer sellado es también reclamar por los días sin luz y la indistinguible imagen del amor, palabra que se queda pequeña para esos apartaderos de la detección sistemática. Sin vivir en casas monstruo, tienen protagonismo en gran parte... Están los que son, quizás, lo que sucede es que uno no siempre sabe cuándo conviene no estar con su propia gente. La minerva evidencia gestos cotidianos hasta posando desnuda para ese fotógrafo que no podría llevarse a su casa, pues a su madre le daría un patatús de saber que sigue haciendo ese tipo de campañas. Una toalla, un vinilo, una pieza de fruta o nada es lo que advierte además de ese bello cuerpo al natural. La última sesión fue para una campaña de ropa interior, sin ella claro, que hace de doble como si fuera estrábica, sin embargo es la que deja las corrientes de opinión. Si a alguien se le ocurre decir que es su cuerpo, le parte la cara con tal de defender su casa por encima de su anatomía. Eso hace, despachar, contar dinero y dejar para más adelante lo de irse a remar... Tras dos botellas de vino, pudo admitirse –en esta casa siempre habrá un borracho-, y lo hizo.

Han pasado días y ella se resiste a bajar por segunda vez a ese otro lugar habitado. Todavía le parece pronto para volver a la playa, es de ese tipo de chicas que necesitan conmovearse para aislarse del todo, y no siente un gran

remordimiento tras haber adoptado la violenta vía. Aunque no le faltasen motivos para hacerlo, no termina de sentirse mal... pudiera ser por esas pastillas que no le faltan y que vienen de una remotísima farmacia a la que paga para que no le hagan preguntas. Descrita como es, también el otro destacado, en el mejor de los casos mira y espera esas ecuaciones que aún no existen y se solicita cursando pitidos, dándose a la protección del ganar dinero adoptando la óptica ilusoria de esa reproductibilidad técnica que le hace aspirar a todo, alejado de esos encuentros que sin ser reposo dulcifican todas sus migrañas, en su deslocalización por el efecto frontera de irse al campo no teniendo esa paz.

Puestos a ser usurpadores y darse a lo de dividir y vencer, hay que hablar de los orígenes del totalitarismo y de las búsquedas de suspiros con distintos registros. Ira, tiempo y grado cero es parte de este sufragio con el que se identifica el hombre y la mujer donde entre la exigencia y la locura hay una distancia que permite diálogos simulados, donde hasta los horóscopos pueden tener razón si son leídos para creer. “Superficial”; “Lo menos normal que le ha sucedido a los EE.UU. en su historia”; “Presidente contra el *establishment* y el resto del mundo”; “Discurso divisorio” y otras tantas sensaciones de irregularidad y cristalización salen de esa ceremonia de celebración que es consecuencia entre otras, de unos sesenta millones de votos a favor de un impresentable que tiene su propia cátedra, y a quien todo el mundo entiende porque habla claro, otra cosa es que guste su discurso y ese contexto exhibicionista de tanta confianza en sí mismo. Ese Donald Trump, con o sin Rusia, nada más y nada menos que promete frenar los saqueos y especiales

corruptelas... de momento pensar sigue siendo legal, y tienen cabida los corazones delatores.

Pero el futuro de todos no sólo depende de él y sus bandas transnacionales, hay otras comparencias que demuestran que hay otros peligros, que nos han sisado o que las medias puntas valen: “Sin hoja de ruta para el Brexit y con muchas preguntas abiertas” se lee en ese carrusel de los supuestos, plantando cara a lo necesario. Esas contundencias o lo que les echen son los que han de pasar los protagonistas y rivales casi directos, peleando, luchando y acertando en sus extremos, creciendo y diezmando como contrapesos, con la banca siempre ganando.

Y todo, porque lo políticamente correcto también avergüenza y resulta abominable. Sudamérica ni siquiera se quiere hacer mayor, a Oriente Medio no se le deja de pisar, Oceanía aparece en los mapas y de momento como que guarda precauciones aunque algo de química también tiene con las canciones prohibidas, como Asia, quienes miran la realidad presente sin olvidar el pasado, queriendo... En todo, la profusión a la censura obliga mirar al éxito como trayectoria más académica, dado que se permite lo simbólico y lo inverosímil por entre la precariedad, las mujeres presas, las esquinas del mundo y los intimismos de los convictos. Ni más ni menos, que uno se pregunta peregrinamente, con una introspección fresca y provocadora: ¿Sólo triunfan aquellos que creen poder hacerlo?, ¿será cierto?, ¿es muerte dulce?

Las cosas podían haber sucedido de cualquier otra manera, y sin embargo, sucedieron así.

Morderás el polvo

-Siempre donde quieras- pude haberle dicho encantadoramente, pero no, creo que fue un –hasta pronto- o un –ya nos vemos- que salió de su parte. El caso es que dormí bien, ayudó mucho la alergia por todo ese polen que tragué con la poda del seto el día de antes, y volver a conducir sin nadie pero con una hora de llegada, lo cual me obligó a pisarle más de la cuenta. La espalda agradeció tanto la cama como yo estar sin nadie; y ni se lo he podido decir al colchón o las sábanas, cualquiera se fía.

Sé de una que no ha dormido mucho, es esa que me sigue la pista y está cogiendo por costumbre contarme algo los domingos bien entrada la noche, como principio y fin de la semana. Insiste educada, añadiendo algo en cada mensajito, además de soltarme algún piropo en plan indirecta. Se me van agotando las excusas para ir quitándomela de encima cortésmente. Ser su jefe es un hándicap. Y ser ese que le ilusiona es algo mucho peor. No obstante, en todo este ángulo de los secretos femeninos, por el momento ayer tarde estuve hábil no dándole mi teléfono móvil a esa pedagoga, como me la quisieron vender las de la agencia. Resulta curioso cómo cambiándole el nombre a un oficio uno se cree que todo es distinto, pero no dejó de ser una maestra más, de esas profesoras que han de dar clase de primaria por mucho que aspire a ser de infantil o que tenga la especialidad en música como tantas otras... Ya dudaba yo que hubiera alguien ejerciendo de pedagoga en verdad. Si eso fuera así, ellas dirían adiós con la mano, más que nada por no prolongar algo que no sabía cómo dar por terminado cordialmente sin helarme de frío o llenarme de más calabobos.

Tras la nutrición interrogativa poco más me podía contar esa mujer que no paró de hablar desde las cinco y diez, cuando la divisé al entrar por la cafetería donde nos habían citado, y verla confundirse de pleno hasta que la misma no tuvo otra opción que recular y aceptar su ridículo. Sí, yo era su cita, pero no el primero con el que se tomó un café; sí el que se lo pagó. Un donnadie en caza y captura se hizo pasar por mí tan pronto como ella en lugar de horadar toda la zona de restauración, al primero que consideró se presentó y le plantó dos besos, incluso admitiendo decirle que no sabía con quién había quedado. Ese personaje le entró decidido, y de no ser porque admitió no ser quien era, todavía estaría escuchándola, o quién sabe.

-Nos tomamos esto y nos vamos. ¡Qué ridículo!, la primera y última vez. Ufff- me dijo ella al poco de venirse a mi lado, en el taburete que tenía medio reservado.

-Tranquila mujer- admití, dándole vueltas a ese té negro con leche, mínimo.

Junto a la Plaza de Zocodover, en esa calle Nueva, habiendo girado por la calle Comercio, la esperaba en un local franquiciado cuya ubicación me había pasado por correo electrónico la *matchmaking* unos cuantos días antes, algo así como una celestina de pago, o lo que no tan antaño se denominaba agencia matrimonial de postín. De eso no debíamos hablar, en esa citación había introducido cinco normas básicas de conducta, por protocolo. Sus cinco reglas de oro. Pedagoga, maestra o flautista, se las saltó casi todas. No se tomó un *gin tonic* porque yo no era el que supuestamente la iba a convidar esperándola con un vino blanco a las cinco de la tarde y sin haber comido, como escuché decirle a ese con quien ella empezó a zascandilear. Lo del

teléfono, creo que ninguno se lo hubiéramos admitido, pero quién era yo para decirle lo que debía o no de hacer a una extraña en unos momentos tan indeterminados. Bastante tenía con aguantarme la risa y con desear volver a casa pronto, además de escrutar toda esa farándula, por tanta operatividad. Las unas, muy guapas, una espectacular, en diagonal dio el aviso a mi entrada al local. Detrás estaban los que vendrían a hacer de matones o guardaespaldas, y tantos camareros de servicio para esos clientes no procedían, estaba claro que todo era un pacto de diablos; incluso en alguna tienda adyacente en ese espacio tan concurrido, donde había un ratio de tres empleadas por cliente, toda una aberración y despilfarro en tiempos de crisis. Lo divisé todo.

Apreciada la notable desproporción, hice caso omiso a que estaba siendo espiado, y sin ser amantes ni pensar mucho en infamias, hice un posicionamiento ruin, que no violencia contra violencia y esas ciertas similitudes de aprender sobre la marcha. El puré que me había tomado antes, junto con el queso, las naranjas, embutido y demás picoteo antes de salir de casa me pesaba. Por puntual, fue bajar del coche dejándolo estacionado junto al descampado de la escuela de artesanía, que oriné tan rápido que ni me salpiqué como podría haber sucedido; y eso que me ahorré, porque aunque trucada la cita, quería estar tan informal como elegante, de ahí el estilo *casual* que había elegido. Y subir, subí sin pausa pero con aplomo hacia ese casco antiguo por la calle Real del Arrabal, dejando atrás sin sentido alguno el hospedaje donde una noche hice como que pasaba mi luna de miel, dándome a la primera noche de bodas... Ni pasé, ni odié; fotografié lo de enfrente, un talud ajardinado, como si fuera un turista chino y prefiriera la Gran Muralla

China al Hostal del Cardenal o como se llame ese lugar de la Puerta Bisagra o el Cambrón que siempre me lío. Ella, la maestra, actriz o lo que sea, de habérselo contado se hubiera quedado “de patata”, según su particular verbo. Y es que expresiones como “qué cuca”, “mola”, o el “me he quedado patata” conjugan bien poco con su otra intrahistoria, por cuando me quiso hacer ver los misterios de María Magdalena en la puerta de los apóstoles de esa Catedral, contándome la versión acerca de que la misma fue novia del Señor, encumbrándola, y que su mano al vientre indicaba algo más. O cuando mencionó una profecía o similar sobre un retablo en ese mismo escenario enjaulado, viendo yo más que a los apóstoles tallados a las palomas guarecidas en tanto arte. Pero insistió la jodía, llevaba anécdotas por doquier, quería quedar bien: que si Hitler fue a Toledo a buscar el Santo Grial; que si Gustavo Adolfo Bécquer hizo no sé qué; que si ésta es la Puerta del Pan y aquí daban misericordia, además de apuntarme las dos alturas de los picaportes para quienes iban a caballo o a pie; que si la campana gorda; o de nuevo los dibujos de los peces de los caballeros Templarios por entre las antiquísimas paredes.

He de reconocer que esa parte fue donde ella se sintió más cómoda, y yo le cogí el aire en plan historiadora. No sé si fue por la cerveza con limón que se tomó como si fuera agua, o porque al no darle mucha conversación ni haber apenas gente paseando a esas horas, y el no mostrarle interés ni desinterés, siguiendo en parte las instrucciones de la celestina, no le quedó otra. Hablaba de los indicativos de los aljibes en las esquinas, de la Virgen del Valle y hasta de dulces o de por qué no tomaba yo alcohol, especialmente vino. Cualquier cosa que le sirviera como teoría e historia de esa revolución no violenta en plan

condesa descalza, como si se estuviera abriendo. En cambio yo, lo que percibía eran otro tipo de enfatizaciones, seña de identidad de nuestra sociedad, y garantía de convivencia, haciéndome el gilipollas a cal y canto, estratificado cual disco de vinilo en tiempos modernos... De todo, me quedaba con la música de los dos bares, ese nuevo almacén donde me citaron, y el otro, un establecimiento tan *vintage* que en absoluto distorsionaba la madre y el padre dándose el lote con el crío pequeño pero desatado, de cuatro añitos no más, medio entretenido con una consola al tiempo que ella se abalanzaba sobre el maromo y lo besuqueaba intencionadamente. Esa mediana edad les podía. La mesa de mármol, con la forja, era igualita a una que hay en la casa de mis padres, en el patio. Nosotros, por entonces estábamos en una de madera, más bien de colegio antiguo, ella sobre el baúl, y yo en un taburete, faltándome aceitunas picantes que llevarme a la boca, no su diálogo, que era el hilo que nos unía.

Cualquier indicativo de normalidad arrojaba luces y se desproveía por sí solo. Era un Toledo de montaje, místico y real.

-Si muero que sea dramáticamente- bromeó la profesora yéndonos al barrio de Santa Teresa, supuestamente. Es lo que hicimos, publicar contenido; yo, como si estuviera en mi día de la paz, y ella, entiendo que ganándose el sueldo, viviendo para que su ausencia se notase.

Tocó todos los vertederos de la humanidad y ninguno. Criticó a un grupo político aprovechando la Plaza de la Bellota, lo dulcificó con el buen gusto por la tortilla de patatas, y en su revolución del amor, clasista pero queriendo dárselas de *cultureta*, al percatarse que el mar se le venía a menos, careció de sentido y se libró de orgullo, descortesía y sentido por si yo le hacía de lápiz,

teniendo dos o tres intentonas, venciéndose a mi lado, por si le daba la mano o la cogía en un interés aún mayor. Al no tener un amar que compartir, ni residir en tal humildad, manso y abandonada no se rebajó más. La carraspera sí que nos acompañó toda la tarde noche, y eso que ambos íbamos de jersey de cuello vuelto.

Lo mejor es que no dejó títere con cabeza. Tocaba esa rara religiosidad y el vicio a tutiplén.

-Estuve enganchada a un programa donde dejaban a una pareja completamente desnudos en una isla, y tenían que sobrevivir. Sólo les permitían llevarse una cosa. Escogían un cuchillo... lo otro no me acuerdo- dijo.

Un cortaúñas pensé yo, más que nada por el aseo. Comer ya se vería, imaginé. Pero no, esa no fue la única nota de color.

-¿Y lo de Barbara con el Rey?, ¡qué fuerte!, dicen que le han pagado cincuenta millones para que no hable- medio interpretó, sobre todo por el hecho de no venir a cuento, aparentemente, que pudiera ser que todo es dinero y saber callar.

Justamente ahí, que fue muy al principio, casi cuando se vino a mi rescate saliendo de las fauces de ese donnadie, estuve a punto de volverme a casa, pero tenía el té a medio consumir y estaba bueno. Por eso mismo puse mis oídos en la calle, bastante afuera de esa barra corrida donde nos ubicábamos. Estaba todo visto: Toledo, los transeúntes, los comensales de sobremesa y cuantos nos servían.

Algo habló sobre Lisboa, Oporto, Roma, y algún que otro *reality* en su oración del tener sed. Parecía que se apoyaba en todo, le faltó citar a Romeo y Julieta.

-Todo está trucado- sé que expresé en algún momento.

-¿Y no te pedirías una excedencia?- me preguntó en varias ocasiones, unas muy directa y otras de soslayo, como si lo llevase muy estudiado la pija de pueblo.

-Tengo que pagar la hipoteca- salí una vez. En otra, la dejé investigando cuál era la capital de Sicilia en su teléfono móvil sin apenas cobertura. Yo estaba entre Palermo, Lampedusa y Nueva York, con arte, dinero y tiempo.

Para entonces, tenía y sigo teniendo claro que no se puede proteger a nadie en una guerra. Ella, al otro lado, no me pertenece por derecho, y creo que insistiré, tanto o más que la compañera a la que doy largas y más largas, porque encima tiene ayuda profesional. Supongo que hoy me llamará la del *matchmaking*, como si yo tuviera mariposas en el estómago, cuando no dejé de tener retortijones y tirarme sentidos peos en la otrora capital del reino. Aquellas dos manzanas que me tomé nada más emprender la vuelta, circundando Toledo me asentaron el cuerpo. Pufff... ¡La última vez que tomo puré justo antes de irme a ligar o lo que sea eso que hicimos!

Tenía que estar en guardia por todo, y así lo hice, evitando contratiempos.

-Sólo me tomo uno al día, pero me gusta notarlo. Mis amigas me dicen que qué hago, que eso de irme sola a una cafetería no está bien. A mí me gusta saber que me estoy tomando ese café- incidió, como mostrando una personalidad heterogénea.

No obstante, tras haberme dado su versión sobre la importancia del sexo en pareja en una especie de desinhibición muy caricaturesca por mezclarla con misas y otras proclamas eclesiásticas, mi lucha se cernía en aguantar

estoicamente sin dar la nota, observando y callando, con algunas notas de asertividad muy bien medidas, sin euforia alguna por si reculaba y se sinceraba. Y no. Me hizo ver que tiene un piso muy luminoso en su pueblo pero que no lo alquila, y debe estar pagado completamente. Vive de alquiler en el mismo Toledo, pero ejerce en un pueblecito cercano. El yunque de su necesidad no lo mostró como tal, a su sobrina la mencionó una vez, no más, al igual que a su hermana. Nada simbolizaba la perfección de las mentiras y sus engaños como esa falta de determinación. Delgada, pero que muy delgada, y más baja de lo que me habían vendido, tras esas varias capas de ropa había alguien que con queso y vino podría sobrevivir al no comer carne e ir buscando una tendencia vegetariana de cuando en cuando con la tontería de lo supuestamente exótico:

-¡No me puedo creer que en Toledo no haya un restaurante de comida Mejicana!, ¿Tú crees?

Dos hostias hubieran bastado para situarla en esas tres culturas, si bien, eso no estaba en las cinco reglas. Apagar el móvil; no hablar de los ex, dinero y trabajo; beber moderadamente; no expresar interés o desinterés; y lo de abstenerse de hablar del proceso de selección de la agencia eran brevemente las indicaciones a las que había que someterse. Y tal y como indiqué a esa *matchmakig* en la confirmación de mi asistencia, fui obediente.

Me cabe la duda de si va al cine tanto como dice, por el cómo podrá estar callada la maestra hija de puta. –Estuve en una película que duró tres horas. Tenía como argumento una hora, el resto era una relación lésbica, y te ponían enterita cada escena- me hizo saber apropiándose temporalmente de mi interés.

Yo flipaba, menos mal que sabía que todo era una artimaña, pero que alguien en su sano juicio contrate los servicios de una agencia de esas de postín para terminar hablando de fulanas sin ni saber el apellido del otro se me hacía sumamente falso. Hubiera preferido que nos hubiéramos ido a un hotel a follar como conejos. Eso hubiera sido más sentidamente real que tanta adulación enfermiza y deshumanización por su parte... Sé que ella quiere que nos volvamos a ver. Su despedida lo dijo todo. Habiendo dejado ese casco viejo y los distritos, junto a los vestigios del circo romano, y muy cerca de una comisaría de policía local, donde un monstruo le vino a ver calándonos con esa fina lluvia, ella bajo su sombrerito y yo acordándome del impermeable en lugar del chaquetón que llevaba. Se quedó con ganas de que lavara, marcara y enterrara esas aguas que le corrían por sus mejillas. Cierta es, que conforme avanzaron las horas y nos fueron dando más cancha todos, los y las espías, ella se fue sintiendo más cómoda y pareciéndose a alguien normal dentro de lo posible.

-Soy de pocos adornos en casa, y es que mi padre no se trae el taladro cuando lo llamo, por eso no puedo colgar unos cuadros- me hizo saber, conforme ella sola se corrigió –y ya no doy tanta importancia a lo que tengo, he empezado a hacer cosas sola- con otra valoración.

-Claro, hay que mostrarse- aseveré entre medias.

Ella no. Sus convites filosóficos, habiendo llegado casi a las diez menos veinte de la noche en aquella avenida, trajeron más recados:

–Me pondré a leer en el sofá, con algo de picar- hasta que se resbaló nuevamente y discernió sobre la educación pública dejando claro que no llevaría a su hijo a cualquier colegio, prefiriendo uno concertado. Era un no

parar en su erre que erre, intentando ponerme a prueba a poco que me relajaba o parecía. El –tengo que engañar a alguien para irme de viaje con él, que es muy raro no poder comentar las cosas- de cuando lo argumentó por los angostos y mojados callejones, a eso de discurrir contra su profesión no se lo pude achacar al alcohol. De aquella toma no hubo más. Quizás por eso, y por mi reacción pasota, atacó contra Madrid, mi ciudad natal, no gustándole la Estación de Atocha al preferir el intercambiador de la Plaza Elíptica. Como no reaccioné, pronto supo que no conseguiría nada; la dejé expresarse. Y tras un breve receso se rostro blancamente hasta que tiró otra vez a dar:

-El tango me gusta.

Ese pedazo de zorra me hizo daño con eso. Tocarme ese baile me pareció un mal gesto de su parte. Una buena dama, por muy actriz que sea nunca iría contra la línea del tiempo. Ahí sí que naufragó la actriz, pedagoga o lo que le hagan creerse. Parroquiano aseveré que algún día aprenderé a bailar bajo esa forma de vida, y quién sabe si llegaré a dar con alguien con quien compartir; y me despedí yéndome hacia la acera del circo y los controles con mi artesanía. Ni miré atrás, ni saqué el teléfono móvil del bolsillo, caminé... Al orillar el coche, habiéndome cruzado cómo no con otro controlador de tantos, abrí el maletero, saqué las viandas y vuelta a casa, como aquel día que me iba a casar o descasar, sólo que esta vez los árboles que me cruzaba no se me hacían enormes monstruos viniendo a verme encolerizados sino que fui yo quien en plan chucho sin raza, callejero de a pie, marqué territorio antes de partir tanto como a mi llegada. Y lindamente conduje en plena nocturnidad. No apreté tanto el acelerador, pero frenos los usé bien poco... La dirección sigue un poco suelta, demasiado bien que gira diría yo. Lo que no haré será llevar

más el coche al taller, ya le han visto de todo, e instalado de todo también. Me siguen, y a mi modo les sigo. Y espero, sin esas prisas de la vida, consciente de que todo es muy obvio, y aun así he de sentirme cómodo. Que llame cuando quiera, por si acaso recapitulo, pero no... yo también he de saber. La sed de sangre es una necesidad muy difícil de satisfacer, y no hay sonido o recuerdo de éstos que no valga para enaltecer su figura. Quieren a la Santa, mi cuadro hasta que no cedan, lo que no saben es que mucha gente tiene malos principios y que yo soy fruto de la herida... Le contaré a ella esto, a ver qué opina Santa Casilda, en Toledo hubiera estado encantada, sería un lugar maravilloso para lucirla, en el propio Museo del Ejército bajo el imponente Alcázar, o en cualquiera de esos conventos.

“Maletero abierto” indicaba la centralita del coche al conectar la llave para dar la luz y ponerme a quitar el cerrojo manual del volante, como si hubiera corrido tanto como para estar desahogando, encendiendo para calentar el habitáculo y sacando las cosas del maletero.

No voy abrir la boca porque no me fío ni de mí mismo, pienso en voz baja, apoyado en el cabecero. Sé que ella me escucha, de eso ya me he ocupado. Fue complicado sacarla entera y disponerla sin que haya una relación personal como tal, pero mantenemos nuestra confidencialidad y privacidad. Nos despertamos casi juntos. En la sala de máquinas del gimnasio eso era imposible, nunca llegué a ir a las siete de la mañana a nadar, con tanto juez me hubiera ahogado; mejor así, pared con pared, recogidos en lo que sí que es nuestro nuevo almacén. Hagamos memoria mi Santa, hagamos memoria, ahora que somos vecinos:

“...Estuve durante todo el día, y esa noche de antes con ganas, esperando. Y con esa prisa de la vida se me detuvo el tiempo y casi que se me acabó a eso de media tarde cuando ella me llamó, la estrategia del encuentro. Tiene nombre de senadora romana, noble y privilegiada. Es lo que se resume en cada segundo de esa poco más de media hora de charla. Toda esa voz me dejó con ganas de más, y de menos. No sólo me informó, también aprovechó para saber para sí. Lo de -¿sí me valió el grado?- iba por ella, aunque pareciera extraño. Ella también estudió ingeniería y busca su desarrollo en otras labores. Conoce, o debe hacerlo en todas sus posibilidades. Negra y criminal, con ella adentro, la del linaje patricio ha quedado en seguir en contacto conmigo. Debe indicarme cuándo volver a verla seguramente, y no sé si me volveré a desplazar, todavía es pronto para retirarse y también para llegar hasta Madrid.

La imagen no puede desplazar a las palabras me dije, por eso del llegar a conocerse... Dichosos aquellos que se gustan, se quieren y se tienen, serviría para mantener ese estrecho vínculo y decirle cuanto quiera oír a esa mujer que me desafió. No sé si tendrán más candidatas en cartera. Casi que me dejé vencer al admitir mi sorpresa tras casi tres años a la espera, y de pronto, tanta necesidad por una contestación rápida por mi parte... pero veo que todos jugamos a los tiempos. Yo no respondí hasta la tarde, cuando leí por segunda vez en el teléfono el mensaje que me había enviado, indicando que leyera el correo electrónico para darle respuesta:

“Actualmente tenemos activo un proceso de selección para una clienta de treinta y nueve años, soltera, inteligente y atractiva con quien, según la información que nos has hecho llegar en el cuestionario de afiliación, creemos podrías encajar y por ello nos ponemos en contacto contigo”.

Dicho así, pareciera que todos los días fueran fin de semana y que todo podría ser de color naranja. Si bien, el no haber más que una oficialidad que proyectaba muchas voluntades frente a posibles fusiones, debí proporcionarle un número de teléfono con el que hablar conmigo a esa que pareciera que aplaudía mi existencia, dejando a un lado a los famosos, ricos y anónimos comerciantes de su agencia.

Hablando al día siguiente, por esa demora mía ante el riesgo de emocionarme, me convencí de esa alerta. Entre tanto, investigué como pude a esa empresa y sus integrantes. Tomé nota de algunas aficiones que firmaban. Y pasé... Pero sí, todavía había un apagón en mi interior que querría asumir esos riesgos. En cualquier caso, tras la llamada y ponernos medio a prueba, ella, la entrevistadora debía saber que llevo sin esquiar casi toda la vida, por más que se hizo la despistada con ese tema, aunque en sí misma notó complementariedad, intencionadamente:

-Yo me voy la semana que viene- observó sobre lo alpino en su cumplimiento.

Y por eso yo me contuve más a pesar de ser beneficiario, dejándola preguntar, estable y entreabierto. A la postre, no fui más intenso. Recuerdo que ni escruté la cara en la foto que me envió como confirmación del interés o aceptación de la otra, la pedagoga, casi al instante de colgar. Las medias de ella, moradas, los zapatos esos, ni de

baile ni de paseo; el pelo, donde no vi más negro que un rubio mentiroso cayéndosele por las orejas a desvelo de un sombrero... Dejé de observar para no hacer sangre. La propia foto era un medio de contención, sobre todo por la oportunidad. Justiciero la interpreté *ipso facto* y respondí sin empequeñecerme, completamente solo:

“Pues nada mujer. No voy a poner peros a la foto y lo que dice en sí misma. Me río porque viene con un cartel descomunal de quiero ser mamá ya mismo. Por mí quedamos un día y nos conocemos en persona. Toledo es un buen escaparate”, puse como gracejo a la prueba de la intermediaria, aceptando ese mucho más.

Inmediatamente se mostró encantada la teórica de los encuentros por amor.

Aunque no fuera eso, quería jugar a su juego; es remedio, y casi que avance. Yo también les despisto si adopto ese “mientras tanto”, porque no es más que eso. Y no digo nada de ti, cuadro mío, tuyo, prefiero hacerme el tonto y esperar esperando... y ya veremos quién gana. Desde luego que están usando todas las tretas posibles. Hasta a mí se me había olvidado que una vez rellené ese formulario indicando mis datos por si alguna vez cabría la posibilidad de que en esa agencia matrimonial, armada con las nuevas y viejas tecnologías, alguna se echara adelante. Si me lo cuentan no me lo creo... ¡Es que ni recuerdo!... Los investigadores quieren probar con todos los pedacitos... Al menos, las celestinas ya podían haberme llenado la esperanza con una ricachona que urgiera prestarse ayuda. Esa pedagoga que me anuncian no parece pudiente, sino de clase media trabajadora como yo,